

1862. Garibaldi derrotado por los Piamonteses en Aspromonte. — Los Tai-ping atacan á Chang-hai. — Los Nordistas son derrotados varias veces, pero impiden á los Sudistas conservarse al Norte del Potomac.
1863. Sublevación de Polonia. — Los Alemanes ocupan el Holstein. 2-4 de Julio, victoria nordista de Gettysburgo y toma de Vicksburgo.
1864. 1.º de Febrero, Prusia y Austria invaden Dinamarca. — 19 de Julio, toma de Nan-king. — Marcha de Sherman hacia Savannah y de Grant sobre Richmond.
1865. 9-17 de Abril, rendición de Lee y de Jackson, cerca de Richmond. — 14 de Abril, asesinato de Lincoln.



## NEGROS Y MUJIKS

*El Hombre llega cada vez más á sentirse hombre en la gran fraternidad humana.*

### CAPÍTULO XIX

POBLACIÓN DE AMÉRICA. — TRATA DE LOS NEGROS.  
 EDUCACIÓN DE ESCLAVOS. — MOVIMIENTO ABOLICIONISTA.  
 TENTATIVA DE JOHN BROWN. — EMIGRACIÓN DE EUROPA Á AMÉRICA.  
 GUERRA DE SECESIÓN. — EMANCIPACIÓN DE LOS NEGROS.  
 GUERRA DE MÉJICO. — DOCTRINA DE MONROE.  
 ABOLICIÓN DE LA SERVIDUMBRE EN RUSIA.

**P**ARALELAMENTE al Mundo Antiguo, el Nuevo Mundo hubo de sufrir también, durante la segunda mitad del siglo XIX, grandes cambios de equilibrio político, obligados por el desplazamiento de los intereses y el movimiento de las ideas; pero, no obstante, hubo una gran diferencia entre las revoluciones de la América moderna y las de Europa y de Asia, debido á que en los viejos continentes, las naciones y las clases comprometidas en los conflictos pertenecían por el origen al mismo territorio en que com-



batían, mientras que los combatientes en lucha sobre el nuevo continente en su gran mayoría procedían de ultramar y representaban, por la sangre como por las ideas, el conjunto de la humanidad progresiva.

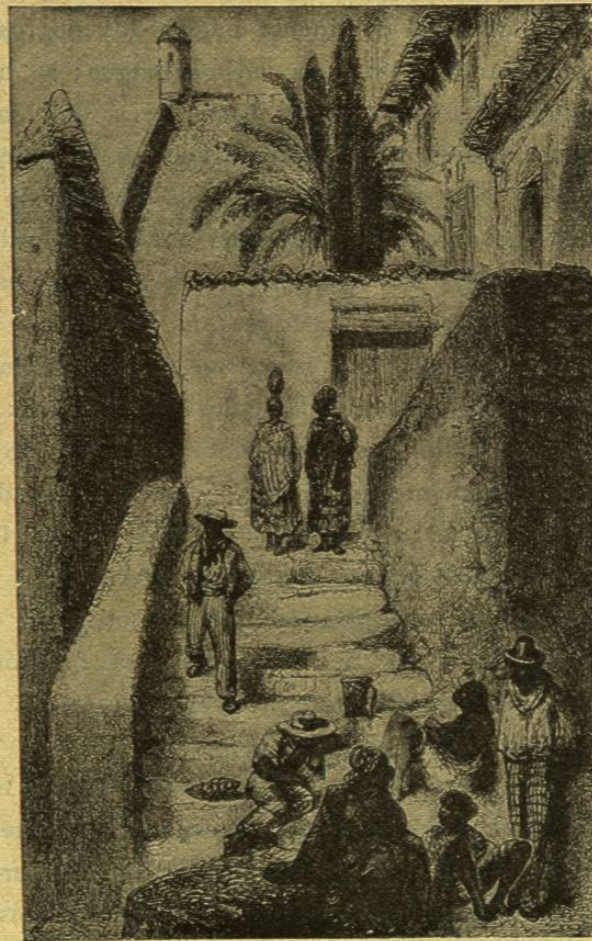
Los aborígenes de las Américas, evidentemente no podían tomar más que una mínima parte en las revoluciones: todo lo restante fué arrastrado en el conflicto á consecuencia del trastorno general. Las poblaciones asimilables, es decir, las tribus agrícolas que vivían en las comarcas conquistadas por los Españoles, que en el curso de los siglos se habían casi mezclado completamente por efecto de los cruzamientos, se hallaron forzosamente empeñados en las guerras de la independencia hispano-americana. Atraídos con más ó menos poder y eficacia á la órbita de la civilización europea, aquellos elementos, con la levadura suministrada por los descendientes de raza blanca, contribuyeron á constituir las nuevas naciones de la América latina. En cuanto á los cazadores nómadas que recorrían las regiones centrales del Brasil y la mayor parte de la América del Norte, no podían ser utilizados por los blancos como servidores en la mina, el campo ó la pradera. Los pseudo-civilizados, incapaces de domesticarlos directamente, y demasiado egoístas para dominarlos y educarlos por la dulzura y la razón, como trató de hacerlo William Penn, recurrieron al medio primitivo del exterminio bárbaro.

A pesar de todo, la raza indígena de los Amerindianos del Norte no desaparecerá de la Tierra, puesto que una gran parte de sus representantes es al presente culta y se mezcla libremente con la población de origen europeo; pero los exterminadores no carecen de gentes, hasta de sabios, que les justifiquen y que les den la razón: la evicción, la destrucción de los débiles por los fuertes, tal es la idea del derecho que propagan bajo el nombre de «ley de Darwin». La concepción del mundo que se habían formado los Pieleros, incompatible con la que tienen los «Caras Pálidas», produjo fatalmente el conflicto entre los dos elementos inconciliables, como se había producido el conflicto tradicional entre el pastor Abel y el labrador Caín<sup>1</sup>.

<sup>1</sup> Paul Carus, *The Monist*, Abril 1899, p. 400.

A la mitad del siglo XIX, los descendientes de los aborígenes eran mucho menos numerosos en proporción de otro elemento étnico, los nietos de los Africanos importados durante los dos siglos precedentes por los mercaderes de esclavos. En 1860, en vísperas de la guerra civil que

había de estallar entre las dos mitades de la república norteamericana, se contaban cerca de cuatro millones de negros y mestizos en los Estados Unidos, es decir, más de diez veces el número de los antiguos propietarios de la tierra. Las cuatro quintas partes de la gente de color eran esclavos, y se comprende que ese ganado humano no haya podido ejercer influencia directa alguna sobre la nación ambiente compuesta de blancos, Europeos de origen; pero los mismos negros libres se hallaban completamente fuera de la sociedad de los ciudadanos de raza pálida, sea por su condi-



Cl. P. Sellier.

UNA CALLE DE BAHÍA

ción de baja clientela y de pobreza, sea por la repugnancia instintiva y más aún religiosa sentida contra «los hijos de Cham». Hallábanse, por decirlo así, perdidos en el espacio, puesto que quedaban «tabús» en su país de residencia y que el rapto brutal que sufrieron sus antepasados había roto el lazo que les unía á su patria de origen. ¿De qué parte de Africa habían venido sus padres ó



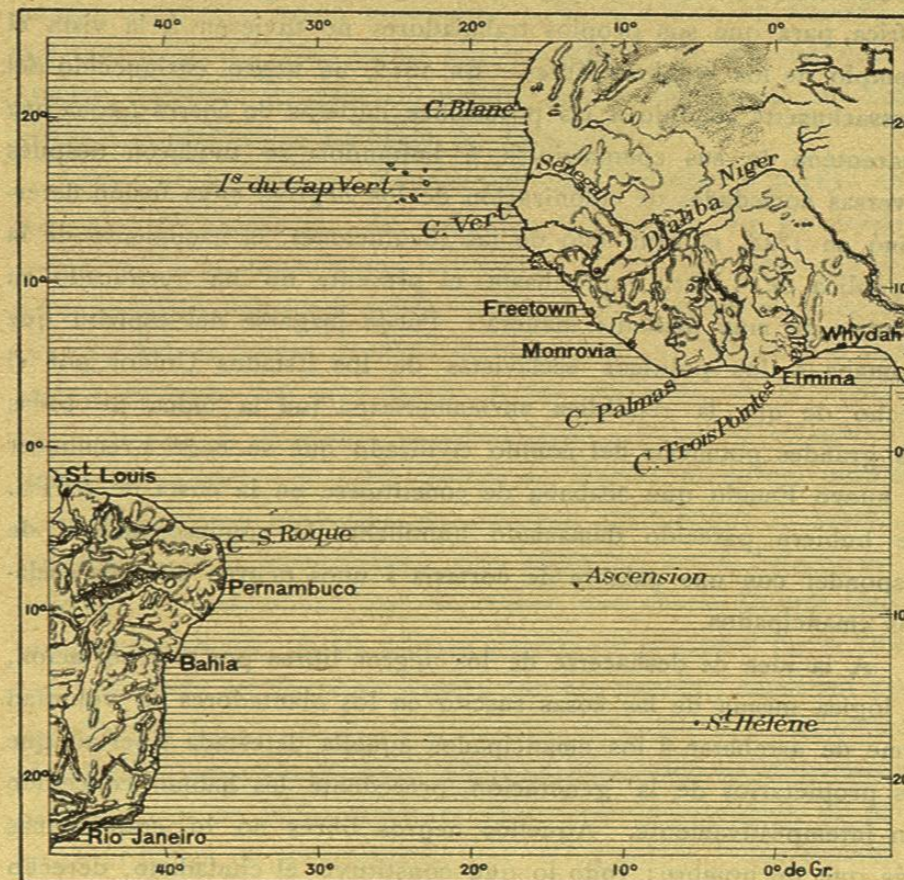
sus abuelos? ¿Cuáles habían sido los lugares de etapa después del día de su captura? Lo ignoraban.

Aun entre las Antillas, que son para la población la verdadera África del Nuevo Mundo, y la tierra ancestral, situada al este del Atlántico, la disociación material es completa. Importados de diversas partes del continente negro, los negros no han podido conservarse unidos por una misma lengua; se han reconstituido por la adopción forzada de las costumbres, del lenguaje, de la religión de sus antiguos dominadores franceses ó ingleses, holandeses ó españoles. Sin duda los negros de Haití ó de la Jamaica se relacionan con sus antepasados por sus fibras más íntimas; en su comprensión de las cosas ven en gran parte y razonan como sus parientes de raza; tienen proverbios análogos con el mismo tono irónico, se repiten los mismos cantos y practican todavía las mismas supersticiones. Lo que queda en Haití del culto del «Vadoux» debe semejarse mucho á la adoración de la serpiente en el templo de Whydah, y tal lento envenenamiento semejante á una enfermedad de languidez, no ofrece diferencia entre su manifestación en las villas africanas y bajo las palmeras de Santo Domingo. Pero si las analogías de existencia, de instinto y de pensamientos se conservan entre los parientes separados, éstos no tienen ya ninguna relación unos con otros, y el Haitiano especialmente no tiene más patria intelectual que Francia, el país de sus antiguos amos.

La antigua capital del Brasil, Bahía, es el único punto de la América meridional donde espontáneamente se haya producido la necesidad de comunicación y de libre comercio con la madre patria, y esto probablemente debido á que los mismos negros seguían con frecuencia esta vía marítima. Los negros Minas, que constituyen una aristocracia de color en aquella tierra del Nuevo Mundo, á lo menos han oído hablar del «país de las minas», que es la «Costa de Oro», y conocen el nombre de Elmina, ciudad del centro de la región de donde fueron arrebatados sus abuelos á viva fuerza. Muchos de aquellos antiguos esclavos ó hijos de esclavos que llegaron á ser libres, volvieron á la comarca de origen, formando poderosas corporaciones en algunas poblaciones del litoral. Intereses comerciales, relaciones de parentesco y de amistad constantemente cre-

cientes unen los dos continentes, bastante aproximados en aquellos puntos, y gracias á ese primer modo de unión, las relaciones serán cada vez más numerosas entre el Portugal americano, que es el Brasil, y las diversas colonias portuguesas cedidas últimamente á nuevos

N.º 455. Istmo entre América y África.



1: 50 000 000

0 1000 2000 3000 Kil.

dueños. Entre los Negros de África más ó menos mestizos que se llaman «Portugueses», el Brasil es familiarmente conocido bajo el nombre de *Tabom*<sup>1</sup>, abreviatura del saludo usual «Sta bom», «¿Cómo está usted?»

<sup>1</sup> Richard Burton, *To the Gold Coast for Gold*.



Los plantadores de la América del Norte trataron también de establecer relaciones directas entre los Estados esclavistas y la costa de Guinea; pero aquella obra no dió buenos resultados en razón de estar dirigida, al menos en parte, por propietarios de esclavos que tenían al mismo tiempo la pretensión de ser filántropos y querían desembarazarse de los emancipados, deportándoles á las costas de Africa, para que sus propios trabajadores no tuviesen á la vista el ejemplo de los hombres libres. En 1815, un negro enriquecido del Massachusetts condujo á las posesiones inglesas de Sierra Leona una cuarentena de sus compatriotas, é imitándole se fundaron después diversas sociedades de colonización de los negros, cuya fusión determinó en 1848, el gran año de las revoluciones, el nacimiento de la república de Liberia, que hasta el presente no ha justificado su nombre de muy brillante manera. Puede juzgarse del espíritu que animaba á los políticos esclavistas de los Estados Unidos por el hecho de que la república norteamericana fué la única de todas las grandes potencias del mundo civilizado que se negó á reconocer el nuevo Estado que acababa de constituirse en la costa de Africa. Le hubiera parecido demasiado humillante la condescendencia de responder con una palabra de cortesía á unos negros hijos de esclavos emancipados.

A la idea de deshacerse de los negros libres por la deportación, la lógica misma de las cosas suscitó en los plantadores la voluntad firme de arrebatar á los emancipados aquella detestada libertad que los propietarios de la generación precedente les habían concedido tan intempestivamente. Aquellos negros libres no lo eran apenas más que de nombre; todo lo que constituye el ciudadano, derecho de reunión, de voto, derecho de emitir un juicio ante los tribunales, les estaba negado: ni siquiera podían servir de testigos, sino contra esclavos ú hombres de su casta, y eso sin la formalidad de un juramento, considerado como una cosa demasiado noble para una boca africana acostumbrada á la mentira<sup>1</sup>. Un traje de infamia les designaba á lo lejos á la desconfianza y al desprecio del blanco. Si un negro tenía la audacia de defenderse contra un agresor ó un

<sup>1</sup> *Negro-law of South Carolina*, ps. 13 y siguientes.

insultador de la raza noble, era castigado, y si tenía la desgracia de matar á su adversario, era juzgado como asesino. Tenía horas señaladas para salir de su vivienda y para volver á ella, y si se le hallaba en un momento prohibido se le perseguía á latigazos<sup>1</sup>. No se le concedía pasaporte, y en la mayor parte de los Estados Unidos se les prohibía todo viaje en ferrocarril: de hecho los negros libres estaban internados como prisioneros. En virtud de un acuerdo del Tribunal Supremo, «no tenían ninguna especie de derecho que los blancos hubieran de respetar; podían justa y legalmente ser reducidos á esclavitud en beneficio del blanco»<sup>2</sup>.

He aquí lo que los Estados del Sud decidían á porfía: en el año 1859 la legislación de Arkansas votaba una ley de destierro contra todos los emancipados del Estado, y el 1.º de Enero siguiente hizo poner en subasta y vender como esclavos todos los desgraciados que no se habían decidido á abandonar sus hogares; la misma ley de destierro fué promulgada al año siguiente en el Missouri; la Luisiana y el Mississippi se apresuraron á seguir el ejemplo dado por el Arkansas. En otras partes se llegaba al mismo resultado por resoluciones hipócritas, so pretexto de castigar la pereza, la embriaguez y la inmoralidad; ¿qué negro no corría peligro de ser acusado de inmoralidad por el blanco que quería hacerle trabajar para su beneficio? A las mismas puertas de la capital de la Unión, los esclavistas del Maryland pedían que los setenta y cinco mil emancipados del Estado fuesen nuevamente reducidos á la esclavitud ó distribuídos entre los ciudadanos blancos, apoyando su atroz demanda en que el negro libre, corrompiéndose por la ociosidad, el blanco tiene el deber de «moralizarle por el trabajo». ¡Por espíritu de sacrificio los educadores de la sociedad consentían en ser propietarios de carne humana! Verdad es que la legislatura no osó promulgar francamente la ley, pero la votó indirectamente autorizando á los blancos á tomar los hijos de los negros á su voluntad y «permitiendo á las gentes de color renunciar á su libertad». Horrible permiso que parecía una orden. Desde entonces toda emancipación de negro quedó absolutamente prohibida al propietario, á no ser

<sup>1</sup> *Negro-law of South Carolina*, p. 24.

<sup>2</sup> *Revue des Deux Mondes*, 1.º Diciembre 1860.



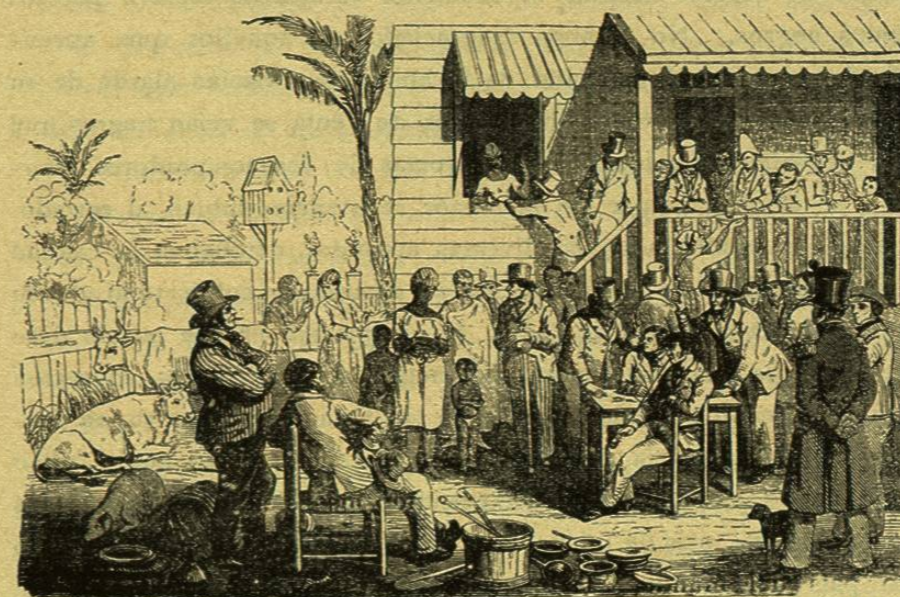
por orden de la legislación, cuando el negro hubiera revelado la existencia de un complot contra los blancos: «¡el traidor á su causa era el único que fuese digno de la libertad!»

De ese modo la esclavitud y esa servidumbre disfrazada que se llamaba la libertad del negro iban agravándose de año en año en virtud de la importancia de los intereses amenazados. Pasó el tiempo en que, bajo la influencia de la filosofía del siglo XVIII, los plantadores eran los primeros que deploraban la «repugnante institución» y tomaban por argumento contra Inglaterra el «crimen» de haberles legado la deplorable herencia. Al principio del siglo XIX, en el mismo Congreso, Mason y Jefferson hablaban indignados contra el crimen á que se les había condenado contra su voluntad, y las sociedades de emancipación de los negros se formaban principalmente entre los plantadores. Hasta se dió el caso de que la legislatura de Virginia, en 1831 y 1832, discutiera los medios para la extinción gradual de la esclavitud. Veinte años después, el Virgino que acerca de la esclavitud hubiera empleado el lenguaje desaprobador de su padre, corría el riesgo de ser expulsado como indigno de la sociedad de sus iguales. El senador Hammond decía: «Hubo un tiempo en que todavía teníamos dudas y escrúpulos; pero hoy no dudamos... Nuestra conciencia queda tranquila, nuestra resolución es serena y firme». El famoso Calloun añadía «que la esclavitud es la base más segura y más estable de las instituciones libres en el mundo». Y todos en competencia exponían afirmaciones del mismo género hasta que un gobernador de Estado, Mac Duffie, pronunció la fórmula definitiva: «La esclavitud es la piedra angular de nuestro edificio republicano».

La causa de los ricos y de los propietarios de hombres tuvo naturalmente á su servicio la Iglesia en cuerpo, no solamente en los Estados de esclavos, sino también en los Estados libres: la Biblia, el Nuevo Testamento, no menos que el Antiguo, no toca á la propiedad del hombre por el hombre sino para declararla sagrada como todas las demás. Hasta las sectas que habían tenido tendencias revolucionarias en su origen y habían afirmado con Wesley que «la esclavitud es el conjunto de todos los crímenes», esos mismos grupos de fieles habían llegado, de concesión en concesión, á permitir

á sus obispos que se hicieran propietarios de esclavos. Únicamente los cuáqueros habían permanecido intransigentes, y debido á eso precisamente eran también los únicos á quienes la gran aristocracia evangélica negaba el título de «hermanos».

La Iglesia, en la mayoría de sus pastores, se había regimentado sólidamente; era preciso también domesticar la ciencia, y ésta se prestó



Cl. P. Sellier.

VENTA DE UNA NEGRA Y DE SUS HIJOS  
(Estampa de 1844).

muy bien en la persona de los sabios: por una parte los sacerdotes establecían como mejor podían que Canaán, el Sirio, y su padre Cham ó Ham, el antepasado de los Hamitas, habían sido malditos por Dios, y que á los negros, aunque no pertenecían á su raza, les había alcanzado la maldición; por otra, los antropólogos americanos, adheridos en masa á los partidarios de la multiplicidad de los orígenes humanos, enseñaban la diversidad fundamental, absoluta, específica del blanco y del negro y la inferioridad indiscutible de éste, intermediario natural entre el hombre y el mono. Es decir, que desde el punto de vista de la doctrina, clérigos y sabios se hallaban en oposición completa, pero la contradicción sólo era aparente, porque el odio lo concilia todo, y se podía tomar argumento de una ó